



J. G. Ballard

El mundo de cristal



El médico británico Edward Sanders se desplaza a una remota región de África para ayudar contra una variante de la lepra. Durante el viaje a través de la selva descubre que se está produciendo un fenómeno extraño e inexplicable: el bosque ha empezado a cristalizarse, junto con todo lo que contiene: plantas, animales y personas. Los personajes tienen que enfrentarse a la amenaza de la cristalización que a la vez atrae y repele, porque mata al eliminar toda la vida de la selva, pero también preserva al detener el tiempo.

El mundo de cristal de J. G. Ballard, forma parte de una serie de cuatro libros que narran las distintas formas en las que el mundo es destruido. El mundo sumergido (1962), El viento de ninguna parte (1962), La sequía (1965) y por último, El mundo de cristal (1966) quizá la más peculiar de todas.

De día unas aves fantásticas volaban
en la selva petrificada, y
unos cocodrilos enjoyados centelleaban como
salamandras heráldicas a orillas
del río cristalino.
De noche el hombre iluminado
corría entre los árboles,
los brazos como ruedas de un carro de oro,
la cabeza como una corona espectral...

Primera Parte

Equinoccio

1

EL RÍO OSCURO

SOBRE TODO, la oscuridad del río fue lo que impresionó al doctor Sanders cuando miró por vez primera hacia la boca abierta del estuario del Matarre. Tras muchas demoras, el pequeño vapor de pasajeros se acercaba por fin a la hilera de muelles, pero aunque eran las diez de la mañana la superficie del agua se veía todavía perezosa y gris, absorbiendo las tinturas sombrías de la vegetación caída a lo largo de las orillas.

A intervalos, cuando se nublaba el cielo, el agua era casi negra, como un tinte putrescente. Por contraste, la anarquía de almacenes y pequeños hoteles que constituían Port Matarre fulguraban sobre las olas oscuras con un brillo espectral, de modo que parecían alumbrados por algún farol interior más que por la luz del sol, como el pabellón de una necrópolis abandonada, levantada sobre una serie de muelles que emergían del bosque.

El doctor Sanders había advertido esa omnipresente penumbra crepuscular, interrumpida por repentinos cambios interiores de luz, durante la larga espera en la baranda de la cubierta de pasajeros. Durante dos horas el barco de vapor había permanecido en el centro del estuario, haciendo sonar de vez en cuando una desanimada sirena. Pero si no fuera por esa vaga sensación de incertidumbre inducida por la oscuridad del agua, los pocos pasajeros se habrían vuelto locos de fastidio. Aparte de una lancha militar de desembarco francesa, no parecía que hubiese embarcacio-

nes de ningún otro tamaño amarradas a los muelles. Mientras observaba la orilla, Sanders casi tuvo la certeza de que la detención del barco era deliberada, aunque costaba entender la razón. El vapor era el buque correo regular que venía de Libreville con su cargamento semanal de correspondencia, coñac y repuestos de automóviles, y nada que no fuese un brote de la plaga justificaba que lo retuviesen más de un instante.

En el plano político, ese aislado rincón de la República de Camerún todavía se estaba recuperando de un frustrado golpe de Estado de hacía diez años: un puñado de rebeldes se había apoderado de las minas de esmeraldas y diamantes en Mont Royal, ochenta kilómetros río arriba. A pesar de la presencia de la lancha de desembarco —una misión militar francesa supervisaba el adiestramiento de las tropas locales—, la vida en el puerto de la desembocadura del río parecía del todo normal. En ese momento estaban descargando un jeep, ante la mirada de un grupo de niños. La gente caminaba por los muelles y por las galerías de la calle principal, mientras unos lanchones con flotadores laterales se deslizaban por las aguas oscuras, rumbo al mercado nativo al oeste del puerto, cargados de tinajas.

No obstante, la sensación de inquietud persistía. Intrigado por esa penumbra, Sanders se volvió hacia las zonas ribereñas, siguiendo con la mirada la curva lenta que el río dibujaba hacia la derecha, rumbo al sudeste. De vez en cuando, una interrupción en el dosel del bosque indicaba el paso de un camino; pero por lo común la floresta se extendía hacia las colinas en un manto chato, verde oliva. Lo natural sería que esas copas fuesen de un amarillo pálido, despintadas por el sol, pero hasta casi diez kilómetros tierra adentro el doctor Sanders veía árboles de color verde oscuro que subían en el aire opaco como cipreses inmensos, sombríos e inmóviles, tocados apenas por unos débiles rayos de luz.

Alguien, impaciente, tamborileó los dedos sobre la baranda, que vibró de un extremo a otro, y media docena de pasajeros a cada lado del doctor Sanders se movieron e intercambiaron murmullos, echando miradas a la timonera desde donde el capitán observaba distraído el muelle, sin dar muestras de preocupación por la demora.

Sanders se volvió hacia el padre Balthus, que estaba a pocos metros a su izquierda.

—La luz... ¿la ha notado? ¿Se espera un eclipse? El sol parece incapaz de decidirse.

El sacerdote fumaba sin cesar; sus dedos largos apartaban el cigarrillo a un centímetro de la boca después de cada inhalación. Como Sanders, no miraba los muelles sino las laderas boscosas de tierra adentro. Bajo la luz opaca, ese delgado rostro de erudito parecía fatigado y descarnado. Durante los tres días de viaje desde Libreville había sido muy reservado, distraído sin duda por algún asunto personal, y sólo habló con su compañero de mesa después de enterarse del cargo de Sanders en la leprosería de Fort Isabelle. Sanders dedujo que el sacerdote regresaba a su parroquia de Mont Royal después de un mes sabático, pero esta explicación parecía demasiado plausible, y el sacerdote la repitió varias veces en un tono automático, muy distinto de su habitual tartamudeo vacilante. Sin embargo, Sanders tenía plena conciencia de los peligros de atribuir a los demás los ambiguos motivos que lo habían traído a Port Matarre.

No obstante, al principio, el doctor Sanders había sospechado que el padre Balthus quizá no era sacerdote. Esos ojos absortos y esas manos pálidas y neurasténicas llevaban todas las marcas del impostor, tal vez un novicio expulsado que todavía tenía la esperanza de encontrar alguna forma de salvación dentro de una sotana prestada. Sin embargo, el padre Balthus era del todo auténtico, fuera cual fuese el sentido de ese término, y fueran cuales fuesen sus límites. El primer oficial, el camarero y varios pasajeros lo recono-

cían, lo felicitaban por su regreso y en general parecían aceptar que evitase la compañía de la gente.

—¿Un eclipse? —El padre Balthus arrojó la colilla del cigarrillo a las aguas oscuras. El vapor se movía ahora sobre su propia estela, y las venas de espuma se hundían en las profundidades como hilos de saliva luminosa—. No creo, doctor. ¿Acaso la duración máxima sería de ocho minutos?

Los repentinos fulgores que alumbraban las aguas y se le reflejaban en los rasgos afilados de las mejillas y de la barbilla mostraron por un momento un perfil más duro. Consciente de la mirada crítica de Sanders, el padre Balthus agregó, como para tranquilizar al doctor:

—La luz de Port Matarre es siempre así, muy sombría y crepuscular... ¿Conoce usted el cuadro *La isla de los muertos* de Bocklin, donde los cipreses montan guardia sobre un acantilado traspasado por un hipogeo, mientras una tormenta se cierne sobre el mar? Está en el *Kunstmuseum* de mi nativa Basel...— Se interrumpió, acababa de ponerse en marcha los motores. —Avanzamos. Por fin.

—Gracias a Dios. Tendría que habérmelo advertido, Balthus.

Sanders sacó la cigarrera del bolsillo, pero el sacerdote ya se había metido otro cigarrillo en la mano ahuecada con la destreza de un prestidigitador. Balthus apuntó con el cigarrillo hacia el muelle, donde un considerable comité de gendarmes y aduaneros aguardaba la llegada del vapor.

—¿Qué disparate es ese?

Sanders miró hacia la orilla. Fieran cuales fuesen las dificultades personales de Balthus, le molestó la falta de caridad del sacerdote. Casi entre dientes, Sanders dijo en tono seco:

—Quizá haya un problema de credenciales.

—No con las mías, doctor. —El padre Balthus le lanzó una mirada penetrante—. Y no dudo que las tuyas estén en orden.

Los demás pasajeros dejaban la baranda y bajaban a recoger el equipaje. Sanders se disculpó con una sonrisa y echó a andar hacia el camarote. Apartando al sacerdote de sus pensamientos —en media hora se habrían separado y partido por caminos diferentes hacia el bosque y lo que allí los esperaba— Sanders se palpó el bolsillo buscando el pasaporte, tomando nota mental de no dejarlo en la cabina. El deseo de viajar de incógnito, con todas sus ventajas, podía manifestarse de manera inesperada.

Al llegar a la escalerilla, detrás de la chimenea, Sanders vio la cubierta de popa, donde los pasajeros de tercera clase amontonaban sus bultos y sus maletas baratas. En el centro de la cubierta, tapada a medias por un toldo de lona, parte del cargamento destinado a Port Matarre, había una lancha grande de carreras, con el casco pintado de rojo y amarillo.

Descansando en el ancho banco detrás del timón, un brazo apoyado en el parabrisas de vidrio y cromo, había un hombre pequeño y delgado de unos cuarenta años; un blanco traje tropical acentuaba el borde de barba negra que le enmarcaba el rostro. El pelo negro, cepillado sobre la frente huesuda, y los ojos pequeños, le daban un aspecto tenso y vigilante. Ese hombre, Ventress —Sanders no había podido averiguar acerca de él otra cosa que el nombre— era su compañero de camarote. Durante el viaje desde Libreville se había paseado por el barco como un tigre impaciente, discutiendo con los pasajeros de tercera y con la tripulación, ensayando diferentes estados de ánimo, desde una especie de humor irónico hasta un hosco desinterés cuando se encerraba solo en el camarote y miraba por el ojo de buey el pequeño disco de cielo vacío.

Sanders había intentado hablar con él una o dos veces, pero la mayor parte del tiempo Ventress parecía ignorarlo, guardándose los motivos de su viaje a Port Matarre. Pero a esa altura el médico ya se había acostumbrado a que los demás lo evitasen. Poco antes de embarcar había surgido

un pequeño inconveniente, más embarazoso para los demás pasajeros que para él mismo, relacionado con la elección de compañero de camarote de Sanders. La fama había precedido a Sanders (lo que para el mundo en general era fama no pasaba de notoriedad en el nivel personal, pensó Sanders, y sin duda lo opuesto era igualmente cierto) y no había nadie que quisiese compartir el camarote con el subdirector de la leprosería de Fort Isabelle.

Entonces se había presentado Ventress. Después de golpear en la puerta, maleta en mano, saludó al médico con la cabeza y se limitó a preguntar:

—¿Es contagiosa?

Tras una pausa para estudiar esa figura de traje blanco y rostro barbudo y cadavérico (algo le hizo recordar al médico que en el mundo no faltaban aquellos que, por alguna razón personal, deseaban *pescarla*, enfermedad), Sanders dijo:

—Sí, la enfermedad es contagiosa, como dice usted, pero para que se transmita hacen falta años de exposición y de contacto. El período de incubación puede durar veinte o treinta años.

—Como la muerte. Muy bien. —Mostrando una sonrisa, Ventress entró en el camarote. Tendió una mano huesuda y estrechó con firmeza la de Sanders, buscando con dedos fuertes el apretón del médico—. De lo que no se percatan nuestros timoratos compañeros de viaje, doctor, es que fuera de la colonia de usted sólo hay otra colonia más grande.

Luego, mientras observaba a Ventress cómodamente instalado en la lancha de carreras en la cubierta de popa, el doctor Sanders reflexionó acerca de esa enigmática presentación. La luz vacilante seguía flotando sobre el estuario, pero el traje blanco de Ventress parecía concentrar toda su intensa y oculta brillantez, así como las vestiduras clericales del padre Balthus habían reflejado los tonos más oscuros. Los pasajeros de tercera se arremolinaban alrededor de la

lancha, pero Ventress no mostraba ningún interés por ellos, ni por el muelle cada vez más cercano, poblado de funcionarios de aduana y policías. Miraba en cambio por la desierta banda de estribor hacia la desembocadura del río, y el bosque distante que se perdía en la bruma. Entornaba los ojos pequeños como si de modo deliberado estuviese fundiendo el panorama que tenía delante con algún paisaje interior.

Sanders había visto poco a Ventress durante el viaje costa arriba, pero una noche en el camarote, mientras revolvía por error en la oscuridad una maleta equivocada, había descubierto la culata de una pistola automática de gran calibre, enfundada en una sobaquera. La presencia de esa arma había resuelto en seguida algunos de los enigmas que rodeaban la pequeña y frágil figura de Ventress.

—Doctor... —Ventress lo llamó agitando apenas una mano, como para recordarle que estaba soñando despierto—. ¿Un trago, Sanders, antes que cierre el bar? —El doctor Sanders iba a rechazar la invitación, pero Ventress dio media vuelta, cambiando de tono—. Busque el sol, doctor: ahí está. No puede caminar por esos bosques con la cabeza entre los talones.

—Trataré de no hacerlo. ¿Va a desembarcar usted?

—Desde luego. Aquí no hay urgencias, doctor. Este es un paisaje sin tiempo.

Sanders lo dejó y fue al camarote. Las tres maletas, la lujosa de Ventress, de lustrosa piel de cocodrilo y las suyas, ordinarias y gastadas, ya estaban esperando junto a la puerta. Sanders se quitó la chaqueta y luego se lavó las manos en la palangana, y se las secó apenas, con la esperanza de que el aroma penetrante del jabón le quitase algo del aspecto de paria ante los ojos de los inspectores.

Pero Sanders sabía muy bien que a esa altura, después de quince años en África, diez de ellos en el hospital de Fort Isabelle, las hipotéticas oportunidades de alterar su propio aspecto exterior, su imagen ante el mundo en gene-

ral, habían desaparecido hacía mucho tiempo. El traje de algodón manchado por el uso, un poco pequeño para sus hombros anchos, la camisa azul a rayas y la corbata negra, la cabeza robusta con el pelo canoso y descuidado, y la sombra de la barba: todas esas eran indicaciones involuntarias del médico de los leprosos, tan inconfundibles como su propia boca, marcada por cicatrices pero firme, y su ojo crítico.

Sanders abrió el pasaporte y comparó la fotografía que le habían sacado hacía ocho años con la imagen reflejada en el espejo. A primera vista costaba reconocer a los dos hombres: el primero, con aquella cara inexpresiva y seria, moralmente comprometido con los leprosos, sin duda en la cumbre de su trabajo en el hospital, parecía el aplicado hermano menor del otro, un remoto y algo idiosincrático médico rural.

Sanders se miró la chaqueta descolorida y las manos callosas, sabiendo cuan engañosa era esa impresión, y cuánto mejor entendía sus propios motivos, si no los presentes al menos los de su versión más joven, y las verdaderas razones que lo habían llevado a Fort Isabelle. La fecha de nacimiento en el pasaporte le recordó que ya había cumplido los cuarenta, y Sanders trató de imaginarse diez años más tarde, pero los elementos latentes que habían aflorado en su rostro en los últimos años parecían haber perdido fuerza. Ventress había hablado de los bosques de Matarre como un paisaje sin tiempo, y quizá parte de la atracción que sentía Sanders por ese lugar era que allí quizá se libraría de cuestiones tales como causa e identidad, relacionadas con su sentido del tiempo y del pasado.

El vapor estaba ahora a menos de diez metros del muelle, y el doctor Sanders vio por el ojo de buey las piernas enfundadas en caqui de los integrantes del equipo de recepción. Buscó en el bolsillo un sobre ajado y sacó de dentro una carta escrita con tinta azul pálido que casi había traspasado el blando papel. Tanto el sobre como la carta

estaban franqueados con el sello de un censor, y les habían recortado la parte donde Sanders suponía que había estado la dirección del remitente.

Mientras el vapor golpeaba contra el muelle, Sanders leyó a bordo la carta por última vez.

Jueves, 5 de enero

Mi querido Edward,

Por fin estamos aquí. El bosque es el más hermoso de África, una casa de joyas. Me cuesta encontrar palabras para describir nuestra maravilla cada mañana cuando miramos hacia las laderas todavía medio ocultas por la neblina pero resplandeciendo como Santa Sofía, cada rama una enjoyada cúpula. Max dice que me estoy volviendo demasiado bizantina: llevo el pelo por la cintura hasta en la clínica y tengo una expresión melancólica, aunque la verdad es que por primera vez en muchos años siento alegría en el corazón. A ambos nos gustaría que estuvieses aquí. La clínica es pequeña, y hay en ella unos veinte pacientes. Por fortuna los habitantes de estas laderas boscosas andan por la vida con una especie de paciencia nebulosa, y consideran que nuestro trabajo es más social que terapéutico. Caminan por el bosque oscuro con coronas de luz en la cabeza.

Max, lo mismo que yo, te manda sus mejores deseos. Te recordamos a menudo.

La luz pone en todo diamantes y zafiros.

Cariños,

SUZANNE

Mientras los tacones metálicos del grupo de abordaje resonaban en la cubierta sobre su cabeza, Sanders releyó la última línea de la carta. Sin las seguridades extraoficiales pero firmes que le habían dado en la prefectura de Libreville, no habría creído que Suzanne Clair y su marido estuviesen en Port Matarre, tan diferentes eran sus descripciones del bosque cercano a la clínica de esa luz sombría que cu-

bría el río y la selva. Nadie había podido darle precisiones en cuanto al paradero de la pareja, ni explicar a qué se debía esa censura repentina impuesta a la correspondencia que salía de la provincia. Cuando Sanders insistió demasiado, le recordaron que las personas acusadas de crímenes estaban sujetas a censura, pero en el caso de Suzanne y Max Clair esa insinuación era ridícula.

Pensando en el pequeño e inteligente microbiólogo y en su mujer, alta y de pelo negro, de frente despejada y ojos tranquilos, el doctor Sanders recordó cómo habían dejado de pronto Fort Isabelle hacía tres meses. La relación de Sanders con Suzanne había durado dos años, alimentada nada más que por su propia incapacidad para tomar una resolución en cualquier sentido. El hecho de no poder comprometerse del todo con ella le mostró con claridad que Suzanne se había convertido en el foco de todas sus incertidumbres en Fort Isabelle. Desde hacía algún tiempo sospechaba que los motivos que lo llevaban a prestar servicios en la leprosería no eran del todo humanitarios, y que la idea de la lepra y lo que ella representaba de manera inconsciente quizá lo atraían más de lo que imaginaba. Había identificado la sombría belleza de Suzanne con el lado oscuro de su propia psique, y la relación entre ellos era un intento de aceptarse a sí mismo y sus propios y ambiguos motivos.

Después de pensarlo mejor, Sanders descubrió que había una explicación mucho más siniestra para la partida del matrimonio del hospital. Al recibir la carta de Suzanne, con su extraña y estática visión del bosque —la lepra maculoanestésica afectaba los tejidos nerviosos— había decidido seguirlos. Renunció a informarse acerca de la carta censurada para que Suzanne no se enterase de que había llegado, pidió un mes de licencia en el hospital y partió rumbo a Port Matarre.

Por la descripción que Suzanne había hecho de las laderas boscosas suponía que la clínica estaría cerca de Mont

Royal, y posiblemente relacionada con alguno de los establecimientos mineros propiedad de los franceses, custodiados por guardianes excesivamente celosos. Pero la actividad en el muelle allí delante —había media docena de soldados dando vueltas cerca de un coche militar estacionado— indicaba que se estaba preparando alguna otra cosa.

Empezaba a doblar la carta de Suzanne, alisando el papel blando como un pétalo, cuando de repente se abrió la puerta de la cabina golpeándole el codo. Ventress entró pidiendo disculpas y haciendo reverencias.

—Perdón, doctor. Mi maleta. —Agregó—: Están aquí los funcionarios de aduana.

Fastidiado porque Ventress lo había sorprendido otra vez leyendo la carta, Sanders se la metió como pudo en el bolsillo, junto con el sobre. Esta vez Ventress no pareció darse cuenta. Tenía una mano apoyada en el asa de la maleta y un oído apuntando a los sonidos que venían de cubierta. Sin duda estaba pensando qué hacer con la pistola. Una revisión completa de equipaje era lo que menos había esperado.

Decidido a dejar solo a Ventress para que pudiese tirar la pistola por el ojo de buey, Sanders recogió sus dos maletas.

—Bueno, adiós, doctor. —Ventress sonreía; detrás de la barba, su rostro era todavía más cadavérico. Sostuvo la puerta abierta—. Ha sido muy interesante, un gran placer compartir el camarote con usted.

El doctor Sanders asintió.

—Y también un desafío, ¿no, monsieur Ventress? Espero que todos sus triunfos sean tan fáciles.

— ¡*Touché*, doctor! —Ventress lo saludó y luego le hizo una seña con la mano mientras bajaba por el pasillo—. Pero de buena gana dejo que ría último... El viejo de la guadaña, ¿no?

Sin mirar atrás, Sanders subió por la escalera hacia el salón, sintiendo que Ventress lo miraba desde la puerta del